

BARBA.

Catalina Biancolelli.

CATALINA.

Servidora de ustedes. (Hace una reverencia.)

EMPRESARIO.

La hija de....

CATALINA.

Bernardino.... De su amigo de usted: sólo ese título podía haberme inspirado confianza para....

BARBA.

Para burlarse de todo un Barba.

EMPRESARIO.

Y para chasquear á todo un Empresario.

CATALINA.

¿Me perdonan ustedes?

EMPRESARIO.

Con el alma y la vida.... Ahora sólo falta que el público reciba á usted....

CATALINA.

¡Oh! no hay cuidado.... El público no se enfada sino con los soberbios, y es demasiado indulgente para que maltrate á la pobre Hija de un Payaso.

ESTELA

O EL PADRE Y LA HIJA.

Comedia en un acto, imitada del francés.

PERSONAS

Soligni, antiguo militar.—Estela, su hija.—Raimundo, oficial de marina.—Frambal, notario y amigo de Soligni.—Jorge, criado de Soligni.



ACTO UNICO.

Sala con puerta y dos ventanas en el foro, dos puertas laterales, mesa y recado de escribir á la derecha del espectador; un buró á la izquierda, y un sofá más inmediato á la escena.

ESCENA I

RAIMUNDO Y JORGE.

RAIMUNDO.

¡Cómo! ¿Dice usted que no le puedo ver?

JORGE.

No señor, no le puede usted ver ni hablar.

RAIMUNDO.

Entrele usted por lo menos un recado.... Dígale usted que un joven oficial de marina desea tener el honor de presentarle sus respetos.

JORGE.

Imposible, mi amo no recibe á nadie.

RAIMUNDO.

Entonces, y aun cuando tenga pognisimo tiempo á mi disposición, volveré más tarde....

JORGE.

Hará usted muy mal.... Y lo mismo adelantará usted más tarde que ahora.... Ni vecinos ni forasteros consiguen nunca que se les admita en esta casa.... A mi amo le gusta vivir sólo con su hija, y....

RAIMUNDO.

¡Cosa más extraña!

JORGE.

Y ni aún siquiera sus criados podemos dirigirla á veces la palabra, sin exponernos á que se incomode y nos eche una andanada.... Aquí se sirve bien y se calla.... Lo contrario de lo que sucede en otras partes, en donde se sirve mal, y se habla mucho.... Lo que es, sin duda alguna, infinitamente más agradable y fácil.

RAIMUNDO.

Ciertamente: pero no menos es de admirar que....

JORGE.

Lo que es de admirar, caballero, es cómo el portero le ha dejado á usted subir la escalera,

con unas órdenes tan terminantes como son las que se le han dado.

RAIMUNDO.

Ahora sé yo que lo hay, porque la puerta de hierro estaba entreabierta, y porque usted es la primera persona que he encontrado desde que me apié del caballo, á quien poder preguntar por Mr. de Soligni.

JORGE.

Buen descuido por cierto.... No, pues si el amo lo llega á saber, no le arriendo la ganancia al tal Miguel.... Lo despedirá infaliblemente, por más canas que tenga.

RAIMUNDO.

Calle usted, que alguien se acerca.... ¿Sería por ventura su amo de usted?

JORGE.

No, señor.... También es forastero.... Y no parece sino que se han dado ustedes el santo.... ¡Dos visitas en un mismo día! ¡Jesús! no he visto tanta concurrencia en dos años que hace que vivo en esta casa.

ESCENA II

FRAMBAL Y DICHOS.

FRAMBAL.

Gracias á Dios que tropecé al cabo con algún ser viviente.... (A Raimundo.) Caballero, no sabe usted lo que me complace el hallar á usted aquí.... porque la vista de un joven.... de un militar.... tiene un no sé qué de calmante cuando uno entra por primera vez en un caserón como éste, con honores de castillo encantado.... y en donde ni siquiera hay perros que ladren.

JORGE.

Qué, ¿tampoco ha hablado usted con Miguel el portero?

FRAMBAL.

No, señor.... á nadie he visto.... Por señas que como no me ha hecho Dios muy valiente que digamos, empezaba ya á tener un poquito de pavora.... (Se oye un tiro.) ¡Canario! ¿Qué es esto? ¿Corremos algún peligro?

RAIMUNDO.

No, señor, no se asuste usted.

FRAMBAL.

Es que, como estamos solos, aislados al pie de los Pirineos....

JORGE.

Será Miguel que habrá visto pasar alguna bandada de perdices, y no habrá podido resistir á la tentación de matar alguna de ellas para cenarla en estofado esta noche.... Por eso dejaría el zaguán abandonado; y con eso se explica el por qué han podido ustedes colarse hasta aquí, como Pedro por su casa.

FRAMBAL.

Todo eso es muy probable. (A Raimundo.) ¡Conque, caballero mío, me hace usted el favor de conducirme á donde está Mr. de Soligni!

RAIMUNDO.

Ojalá pudiera; pero desgraciadamente se dirige usted á un malísimo introductor de embajadores.... Yo mismo deseo hablarle de un asunto de la mayor importancia para mí, y todavía no he podido conseguirlo, ni sé de qué medio valerme al efecto.... Es invisible, á lo que este buen hombre asegura; y no sólo no quiere recibir á nadie, sino que....

FRAMBAL.

¿No es más que eso? Pues tranquilícese usted, que.... Que yo haré que obtenga usted la deseada entrevista.... Yo se lo prometo á usted. (A Jorge.) Vamos, ¿en qué te detienes, mameuco? ¿Qué no me anuncias á tu amo, ó á su hija Estela?

JORGE.

Ya me guardaré yo muy bien de hacerlo....

Ayer, sin ir más lejos, se negó al prefecto y al general del departamento... que vinieron paseándose desde Bañeras... Conque, figúrese usted... Usted que no es ni prefecto, ni general, según las trazas....

FRAMBAL.

Es que soy mucho más... aquí donde tú me miras... y en prueba de ello, te advierto que si no quieres que hoy mismo te planten en la calle á instancias mías, le entres al instante á tu amo esta tarjeta... El nombre sólo que contiene... y que tu amo espera con impaciencia... bastará para que al punto desaparezcan, como por encanto, cerrojos, trancas, puentes levadizos y caballos de frisa.

JORGE.

(Asustado.) ¡Ay! ¡Virgen mia...! Pues ¿qué nombre es ese tan formidable?

FRAMBAL.

(Leyendo la tarjeta.) Sebastián Domingo Frambal, notario en Pau.

JORGE.

¡Notario!

FRAMBAL.

(Con importancia.) Notario real y del juzgado de capellanías... Cuenta así con lo dicho, y marcha.

JORGE.

(Con respeto.) Sí, señor.... Voy á avisar á mi amo; pero como no hace mucho que le ví junto al estanque que está al otro extremo del parque, puede muy bien que tarde un rato en estar su merced de vuelta.... No se impaciente usted, pues, si tal sucede. (Vase.)

ESCENA III.

RAIMUNDO Y FRAMBAL.

RAIMUNDO.

¡Ah! ¿Conque usted es notario?

FRAMBAL.

Sí, señor... y establecido en Pau... Para lo que usted guste mandar... ¿Usted sin duda habrá estado ya en Pau?

RAIMUNDO.

No, señor, nunca he tenido ocasión de....

FRAMBAL.

Tanto peor para usted.... porque Pau es una de las ciudades más interesantes de Francia... Bien situada, con un magnífico río que la baña, y sobre todo, con un viñedo.... ¡Oh! si usted me hace algún día el honor de visitarme, ya verá usted qué buen vino se bebe por acá.... Y si entretanto.... como ya le he dicho á usted.... puedo servir á usted de algo....

RAIMUNDO.

Muchas gracias, caballero, muchas gracias....
¡Tanta bondad con un desconocido....!

FRAMBAL.

¿Acaso lo es usted para mí? ¿No le veo á usted con una charretera en el hombro, y cuando más con veinte años de edad?

RAIMUNDO.

Aun no los he cumplido.

FRAMBAL.

Mayor recomendación para mí.... Yo tengo un hijo que ha hecho ya los dieciocho, y que es también oficial.... No en la marina como usted.... sino de dragones.... De ahí que, cuando tropiezo en cualquier parte con un joven.... con un militar que se encuentra en algún apuro, no necesito preguntarle cómo se llama, para servirle si puedo; porque de todos modos me digo á mí mismo:—Alguno podrá hacer otro tanto por mi hijo, y es preciso que el cargo corresponda con la data.

RAIMUNDO.

(Apretándole la mano.) ¡Ah, señor!

FRAMBAL.

Luego, debo confesar á usted que siempre he sido muy parcial con los jóvenes.... Mi hijo Héctor, que es un tronera, si los hay, hace, sin embargo, cuanto se le antoja de mí.... Su ma-

dre, que es devota, lo educaba de pequeñuelo con una severidad, con un rigor que me parecían excesivos, y por eso yo.... sin contrariarla ostensiblemente.... porque soy buen marido.... para restablecer con todo, el equilibrio.... le mimaba y le echaba á perder por mi parte cuanto me era posible. Así fueron las cosas muy bien... ó por mejor decir muy mal.... hasta que llegó el día en que tuvo que elegir una carrera ó profesión.... Mi mujer quiso entonces que entrase en el Seminario Conciliar.... Yo me empeñé en que habia de ser pasante de abogado.... Ella insistió.... Yo persistí.... Y en tanto que nosotros nos disputábamos sobre si nuestro hijo sería con el tiempo cura de almas ó juez de primera instancia, el muchacho cortó el nudo gordiano, y sentó plaza en un regimiento de dragones.

RAIMUNDO.

¿Sin decirles á ustedes nada?

FRAMBAL.

Después nos pidió nuestro consentimiento.... ¿Y qué habíamos de hacer? Más vale tarde que nunca....

RAIMUNDO.

Ya se ve.

FRAMBAL.

Luego, es preciso confesar que mi Héctor ha nacido para militar.... Bebe como un tudesco: juega cuanto tiene: gasta lo que no tiene, y se

bate por un quitame allá esas pajas, con el lucero del alba.... Por lo demás, nadie le gana á buen corazón.... Si viera usted lo que me quiere.... ¡Y lo difícil que es no quererle....! Ahora cuando pasé por Bañeras... que, como usted sabe, está á un cuarto de legua de aquí, y en donde se halla acantonado su regimiento.... quise darle un abrazo, pero no pude, porque estaba precisamente arrestado en la guardia de prevención.... Parece que había tenido la noche antes una disputa con no sé quién en el teatro.

RAIMUNDO.

¿Y por qué?

FRAMBAL.

Por mi causa.... Dicen que salta en la comedia un notario muy ridículo.... como se suelen poner en todas las comedias.... y que mi hijo, por puro amor filial, empezó á silbar y á no dejar á representar á nadie.... De ahí se siguió naturalmente que otros espectadores se incomodasen con él.... que hubiera disputas, gritos, un duelo y etc. Por desgracia no he podido hoy detenerme en Bañeras para echarle una buena reprimenda.... Pero estaba sumamente de prisa.... Había recibido una carta de mi amigo Soligni.... á quien hace dos años que no veo.... y quien me decía que tenía que consultar conmigo no sé qué asunto muy urgente.

RAIMUNDO.

¿El señor Soligni es amigo de usted?

FRAMBAL.

Amigo íntimo.... Le conocí muy joven en el ejército.... mandando un batallón, cuando apenas tenía veinticinco años.... En seguida.... y cuando volvieron los Borbones, dejó el servicio militar y se hizo comerciante, con tal fortuna, que en poco tiempo se enriqueció.... Verdad es, que no ha emprendido nada desde entonces, que no me haya consultado ni confiado.

RAIMUNDO.

¡Qué feliz soy....! ¡Yo que tenía tanta necesidad de que alguno le hablara en mi favor!

FRAMBAL.

Pues bien, amigo mío, aquí me tiene usted á su disposición.... Le repito á usted lo que le dije antes, y.... Pero chitón, que oigo pasos.

RAIMUNDO.

(Con miedo.) ¡Ay! ¡Dios mío!

FRAMBAL.

¿Qué tiene usted miedo? Voto va Sanes... Un marinero tener miedo.... (Tomándole la mano afectuosamente, y mirando hacia la puerta.) Pero tranquilícese usted, la que se acerca es su hija.... Una joven muy linda que.... ¡Calla! pues cualquiera diría que ahora tiembla usted mucho más que antes.

ESCENA IV.

ESTELA Y DICHOS

ESTELA.

(Entrando.) Vamos, si no puede ser.... Si no esperamos ninguna visita.... ¡Oh! ¿Es usted, señor Frambal? (Reparando en él.) ¡Cielos! ¿Qué veo! (Reparando en Raimundo.) ¡Raimundo!

FRAMBAL.

¡Hola! ¿Se conocían ustedes ya?

RAIMUNDO.

(Turbado.) Pues... Sí.... Sí, señor.

FRAMBAL.

(Sonriendo.) ¿Y era usted quien quería que yo le presentase.... cuando quizá podrá suceder que yo sea el que tenga que pedirle á usted semejante favor?

ESTELA.

¡Oh! no, nunca puede llegar este caso.... Usted es el amigo más antiguo que tiene mi padre; el mejor amigo que tengo yo.... Como que usted ha sido en todo tiempo, de mi propio parecer.

FRAMBAL.

Ese es mi sistema.... Siempre me pongo del lado en que están los jóvenes, y hago causa común con ellos.... ¿Acaso nos queda á los vie-

jos otro camino para olvidarnos tal cual vez de nuestras arrugas? Pero hablando de otra cosa, permítame usted, aliado mío, que le haga á usted una sola pregunta, ya que no hace mucho me dirigió usted á mí sus diez ó doce cuando menos.... ¿Cómo es que, sin conocer usted á Mr. Soligni, según infiero de nuestra pasada conversación, ha visto usted, sin embargo, á esta niña antes de ahora?

ESTELA.

¡Oh! somos amigos muy antiguos.

FRAMBAL.

¡Oiga!

RAIMUNDO.

Amigos desde nuestra infancia.... Durante los cinco años que duró el último viaje de Mr. Soligni....

ESTELA.

Mi madre me había traído á París para que concluyera mi educación.... Tenía yo entonces doce años....

RAIMUNDO.

Mi padre, antiguo camarada de regimiento de Mr. Soligni, me había presentado á estas damas.... las visitaba casi todos los días....

ESTELA.

El señor era nuestro único acompañante.... No se separaba de nosotras.

RAIMUNDO.

Esto es á los principios; pero luego... y en cinco años... de niña que era esta señorita...

FRAMBAL.

Se fué volviendo poco á poco una señorita con todos sus menesteres, ¿no es esto? Por señas que semejante cambio no era de naturaleza de poder asustar á usted mucho, ni de hacerle que se alejase de ella.

RAIMUNDO.

Pues precisamente eso fué lo que me sucedió.

FRAMBAL.

¿Cómo?

RAIMUNDO.

Porque al considerarla tan linda, tan bien educada, y heredera de una fortuna tan considerable, no podía menos de recordar al mismo tiempo, cuán distinta era mi triste posición... Me veía pobre, sin esperanza alguna, huérfano, y sin familia que me pudiera asistir... ¿Qué recurso me quedaba? Uno sólo; y fué, no hablar de mi proyecto á nadie, y embarcarme á bordo del primer buque de guerra que me quiso admitir, diciéndome á mí mismo:—Dentro de algunos años volveré contraalmirante, ó me habré hecho mar.

ESTELA.

¡Cielos!

RAIMUNDO.

Lo malo es que todavía estoy lejos de ser contraalmirante; pues no soy más que alférez de fragata... que es todo lo que he podido ganar en el combate de Navarino... y que por lo mismo me vuelvo mañana á Bayona, donde debo embarcarme para un viaje muy largo... Como que tenemos que dar la vuelta al mundo.

ESTELA.

¡Ay de mí...! ¿Mañana?

RAIMUNDO.

Sí, señorita... Pero antes... y por esto solo me ve usted en su casa... he creído que esta charretera me daba algún derecho para poder decir á su padre de usted:—¡Ah! ¡señor Soligni! concédame usted siquiera dos años... sólo dos años, y esté usted seguro que durante este plazo, me conduciré de tal modo, que si existo todavía al cabo de ellos, podré presentarme ante usted otra vez sin tanto embarazo, y solicitar la mano de su hija.

ESTELA.

¡Ah! ¡Raimundo!

RAIMUNDO.

No la pido á usted tampoco otra cosa... Espéreme usted, por Dios, hasta entonces.

ESTELA.

¿Puede usted dudarle?

FRAMBAL.

(Sonriéndose.) ¿Qué dice usted?

ESTELA.

La verdad. Sí, señor.... hace ya muchos años.... tantos como hace que le conozco... que le aprecio infinito, que le.... porque es tan bueno, tan franco, tan.... ¡Oh! ningún inconveniente tendría en repetir esto delante de mi padre, delante de usted mismo.... ¿Haría acaso mal?

FRAMBAL.

No, no tal. Semejantes cosas se pueden decir sin inconveniente cuando se dicen ante un notario.... Pero si hemos llegado, queridos míos, á este punto; si ustedes se aman ya lo bastante para no poder ser felices si no unen sus destinos para siempre, no veo entonces el por qué se ha de esperar á que un alférez de fragata llegue te negocio... La cosa podía ser más larga de á ser contraalmirante para tratar de redondear esto que ordinariamente parecen estas cosas á dieciocho y veinte años..... (A Estela.) Luego, si mal no recuerdo el ascendiente que usted ha tenido siempre sobre su padre, con media palabra que usted le diga....

ESTELA.

¡Ah! eso era en otro tiempo.... pero de dos años á esta parte....

FRAMBAL.

¡Cómo! ¿Qué quiere usted decir?

ESTELA.

(Pasando en medio y después de un momento de silencio.) Mi padre, que usted ha conocido tan alegre, tan amable, tan dichoso, se ha vuelto de repente tétrico, misántropo, taciturno ...

FRAMBAL.

Por eso, sin duda, dejó de escribirme, de contestarme....

ESTELA.

Si no quiere tratar con nadie.

RAIMUNDO.

¿Y de dónde proviene esa melancolía, ese desaliento? Quizá el fallecimiento de su esposa...

FRAMBAL.

En primer lugar, hace ya más de tres años que murió.... La no existía cuando Soligni volvió de su último viaje.... Por señas que sobrelevó este golpe con ánimo, con filosofía.... Con una filosofía verdaderamente conyugal.

RAIMUNDO.

Entonces, pudiera muy bien originarse su tristeza de algún revés de fortuna....

FRAMBAL.

Imposible.... Volvió con inmensos capitales que después ha realizado.... Si lo sabré yo que soy su notario, y que le he comprado en este departamento dos ó tres millares de acres en tie

rras de labor, prados, bosques, etc.; lo que ha consolidado su fortuna y bonificado mi bufete. Conque, no puede ser eso; y así, no conozco en este mundo, hija mía, sino á usted que pueda oíligarle á que nos confie....

ESTELA.

¿Y cómo? Ni siquiera me atrevo á hablarle... Temo que la menor palabra le irrite contra mí y....

FRAMBAL.

Sería posible.... ¿Qué, también ha cambiado con usted?

ESTELA.

¡Ah! he creído que no podría resistir á semejante pesadumbre.... Ya sabe usted cuál era antes la ternura que le debía á mi padre.... y de la cual ha sido tantas veces testigo.

FRAMBAL.

Ya se vé que lo sé.... Toma, como que era una especie de idolatría. (A Raimundo.) En ella cifrabá toda su dicha; era su orgullo, su pensamiento único, y de cada instante.... se hubiera echado cien veces al río de cabeza por satisfacer á esta costa el más insignificante de sus deseos.... En fin, yo mismo á quien todo el mundo acusa, y con razón, eso es otra cosa.... de padrazo y de Juan lanas, hubiera sido con todo, á su lado, un tirano.... un opresor de mi familia.

ESTELA.

Pues bien, todavía no lo había usted visto todo; y desde la muerte de mi madre, no puede usted figurarse hasta qué punto creció su cariño, su ciega parcialidad por mí.... No se separaba de mí lado ni un instante; no soñaba sino conmigo.... París no tenía para engalanarme trajes bastante ricos, joyas bastante preciosas.... Me hubiera podido creer hija única de uno de los primeros potentados de la tierra.... Veinte criados me servían; y hubiera sido despedido al punto aquel que no hubiera adivinado mi voluntad ó prevenido mis deseos.... No bien mi padre me veía sonreír que ya estaba fuera de sí de alegría; que ya me abrazaba, que ya me agradecía mi propia dicha.... Si, por el contrario, me quejaba del más pequeño dolor, de una simple jaqueca, bastaba esto para que se desconsolase, para que se desesperase; y muy á menudo, cuando me despertaba por las mañanas, le apercibía en pie á la cabecera de mi cama, esperando con inquietud á que yo abriese los ojos para preguntarme si había dormido bien, si me sentía mejor.... De ahí comprenderá usted, sin trabajo, que no existía entonces una hija más dichosa que yo, ni padre más amado que lo era el mío, en justa retribución de tantas bondades.... Así, cuando éste me solía proponer de tiempo en tiempo algún enlace brillante y ventajoso, mi respuesta era siempre la misma—todavía no—en primer lugar, porque no me quería apartar de él.... Y luego, porque, á pesar mío, le tenía á usted siempre presente, Raimundo, y aunque usted no me

había dicho nunca nada, creí no sé por qué, que usted me amaba, y que tarde ó temprano se lo confesaría usted á mi padre.

RAIMUNDO.

¡Oh! ¡qué feliz soy!

FRAMBAL.

¿Y qué replicaba Soligni á ese constante—todavía no?—

ESTELA.

Siempre también lo mismo:—Haz lo que quieras, hija mía, cuando quieras y con quien quieras.—

FRAMBAL.

Eso sí, vive Dios.... Ahora sí que le reconozco, siempre fué un excelente padre.

ESTELA.

Pero hace ahora dos años, poco más ó menos.... Estábamos entonces en París, en donde había querido pasar el invierno por causa mía, y para que disfrutara yo de todas sus diversiones.... Cuando una noche, habiendo tenido mucho que hacer en aquella tarde, y no pudiendo acompañarme por hallarse muy fatigado, me confió á mi tía la Beronesa, para que me llevase á una brillante tertulia que se daba en casa de una de sus amigas.... Yo bien no quería dejarle solo; pero lo exigió, y tuve que obedecerle.... Me retiré, sin embargo, muy temprano, y al entrar en casa apercibí luces todavía en su habitación....

Quise, como era natural, abrazarle antes de recogerme.... Quise también que me viera vestida de baile, porque sabía que nada le agradaba tanto como el contemplarme elegante y ricamente alhajada.... Corrí, pues, á su cuarto, abrí con precaución la puerta, y jamás, ¡oh! jamás olvidaré el espectáculo que se ofreció á mi vista.... Mi padre estaba sentado junto á la chimenea, pálido, inmóvil, con los ojos clavados en el suelo, con el semblante desencajado.... Verle así, dar un grito, correr hacia él, y estrecharle en mis brazos, fué todo uno. ¿Pero, lo creerá usted, Mr. Frambal? ¿Lo creerá usted? Mi padre me rechazó, me arrojó de sí con violencia... á mí... ¡á su hija! En vano traté de indagar la causa:—no tengo nada,—me respondía,—yo tengo nada... y me miraba con un aire sombrío é irritado.... y parecía que examinaba mis facciones, como si por primera vez las hubiera visto entonces.... y se podía leer en sus ojos, que mil sentimientos se sucedían en su alma, á cual más terribles para mí: el desprecio, la ira, el odio.... ¡Sí, señor, el odio....! ¡Aborrecerme mi padre....! Despedirme de su seno....! ¿Pues qué había hecho yo, Dios mío? ¿De qué crimen era yo culpable....? Yo se lo preguntaba desolada.... Yo lo inquiría fervorosa del Cielo.... Yo descendía luego á mi propio corazón, y no hallaba allí otra cosa, sino amor y respeto hacia el autor de mis días....! Y sin embargo, se fué de París aquella misma madrugada, dejándome con mi tía, y se estuvo después dos meses sin escribirme siquiera un renglón; sin hacerme saber siquiera que existía.

RAIMUNDO.

¡Dos meses!

ESTELA.

Sí, señor, dos meses, cuando antes no podía pasar un solo día separado de mí.... Supe al cabo por mi tía, que se hallaba á doscientas leguas de París, en este castillo medio arruinado al pie de los Pirineos, y que estaba enfermo.... 'Enfermo, y no me llamaba....! Entonces, sin escuchar más que mi cariño, y mi desesperación... Sin solicitar la vènia ni el consejo de nadie.... en lo que ciertamente hice mal.... me metí en una silla de posta con una criada, y viajando día y noche, aunque en el rigor del invierno, llegué aquí.... Mi padre al verme me preguntó bruscamente:—¿Quién ha llamado á usted?—¡Ya no me tuteaba....!—¿A qué viene usted?—A cuidar á usted, padre mío,—le dije,—y sea cual fuere la falta que haya yo cometido, á merecer á fuerza de amor y de arrepentimiento, que usted me la perdone.—Para eso,—me replicó mi padre, con mucha sequedad,—hubiera sido mejor no haberse usted movido de París sin obtener antes mi permiso.—

FRAMBAL.

¿Espero, sin embargo, que su padre de usted no la hizo deshacer el camino que ya había hecho?

ESTELA.

Lo quiso; pero dichosamente caí yo á mi vez

peligrosamente enferma, y ya no le fué posible.... Me hizo entonces cuidar con el mayor esmero: enviaba dos ó tres veces cada día, á saber cómo estaba.... Nada me faltó, pues.... excepto su presencia.

FRAMBAL.

¿Cómo! ¿No la vió á usted?

ESTELA.

Ni una sola vez entró en mi alcoba.... Desde esta época tampoco me volvió á decir nada.... A mandarme nada.... Puedo entrar y salir á mi antojo, sin que ni siquiera lo repare.... Vivo á su lado, sola, aislada, abandonada, como si fuera una extranjera advenediza.... No nos vemos sino siempre solitarias y silenciosas, porque das son siempre solitarias y silenciosas, porque ni recibe, ni quiere ver á nadie, ni sale jamás de este recinto.... Por lo demás, evita constantemente el dirigirme la palabra, y hasta el tropezar conmigo.... Cuando le hablo alguna vez.... cuando sólo me atrevo á mirarle con ojos suplicantes, esto basta para causarle visiblemente la impresión más dolorosa.... y huye de mí sin responderme, ó me impone silencio con sólo un gesto de cólera ó de menoscupio. Y yo me digo entonces á mí misma bañada en lágrimas:—¡Ah! será culpa mía, porque mi padre no puede ser injusto: será culpa mía. ¿Pero cuál es ésta? ¿Y cómo podré yo expiarla?—En tan acerba incertidumbre, ni sé qué hacer, ni me decido á nada.... Mi vida se consume, si vida se puede llamar se-

mejante agonía, en llorar, en orar por mi padre, en temerle sin saber por qué, y en amarle sin esperanza. ¡Ay, amigos míos, compadézcanme ustedes, pues soy bien desgraciada!

FRAMBAL.

(Pasando en medio de los dos.) ¿Qué he escuchado? ¿Es acaso un sueño? ¿Soligni...? ¿El honrado, el afectuoso Soligni, conducirse de este modo con su inocente hija? Pero esto no puede ser... y sobre todo, no puede durar... Es menester que yo lo tome por mi cuenta... Que le cure de esta especie de locura....

ESTELA

¡Usted! ¿Sería posible...?

FRAMBAL.

Sí... yo... ahora mismo... antes que todo... Me temo, por lo tanto, que no sea éste el momento de hablarle de la boda en cuestión, si primero....

RAIMUNDO.

Y sin embargo, no podemos perder tiempo... Dentro de ocho días tengo que estar en Bayona... El bergantín que he de mandar se hará á la vela á fines de este mes, y una vez á bordo....

FRAMBAL.

También eso es verdad... Habrá entonces que apelar en esta ocasión al abordaje... y para eso cuento desde ahora con usted.

RAIMUNDO.

¡Conmigo!

FRAMBAL.

Pues... usted me ayudará... Y para empezar por el principio, le presentaré á usted á mi amigo Soligni tan luego como nos vea.

RAIMUNDO.

¿Qué, no podrá usted empezar sin mí? Me acomodaría mucho más que usted iniciase antes el negocio....

FRAMBAL.

¡Cualquiera diría que tiene usted miedo!

RAIMUNDO.

Miedo no, sino que....

ESTELA.

(Desde el fondo y mirando al foro.) ¡Mi padre!

RAIMUNDO.

Entonces le dejo á usted, y volveré cuando me necesite... Hágame usted llamar. (Se va precipitadamente por la izquierda.)

FRAMBAL.

¡Eh! oiga usted, señor contraalmirante, oiga usted... Sí, que si quieres, viró de largo con todas las alas y arrastraderas... ¡Vaya un marino valiente...! ¡Soligni! (Va á su encuentro.)